

El Aleph engordado

Pablo Katchadjian

O God! I could be bounded in a nutshell, and count myself a King of infinite space, were it not that I have bad dreams.

Hamlet, II, 2

But they will teach us that Eternity is the standing still of the Present Time, a *Nunc-stans* as the Schools call it; which neither they, nor any else understand, no more than they would a *Hic-stans* for an Infinite greatness of Place.

Leviathan, IV, 46

La candente y húmeda mañana de febrero en que Beatriz Viterbo finalmente murió, después de una imperiosa y extensa agonía que no se rebajó ni un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo ni tampoco al abandono y la indiferencia, noté que las horribles carteleras de fierro y plástico de Plaza Constitución, junto a la boca del subterráneo, habían renovado no se qué aviso de cigarrillos rubios mentolados; o sí, sé o supe cuáles, pero recuerdo haberme esforzado por despreciar el sonido irritante de la marca; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella, Beatriz, y que ese cambio era el primero de una serie infinita de cambios que acabarían por destruirme también a mí. Tenía ya, un poco debido al calor y otro poco a mi nerviosismo, el cuello de la camisa completamente húmedo; me saqué la corbata y, como ofreciéndole el gesto al fantasma de Beatriz, la tiré a la basura; inmediatamente me arrepentí y estuve a punto de meter la mano en el cesto para rescatarla. «Cambiaré el universo infinito pero yo no», pensé con melancólica vanidad autoindulgente, una vanidad autoindulgente que también me generaba una vergüenza doble cuando la descubriría responsable de actos como el que acababa de realizar. Alguna vez, lo sé, mi vana devoción la había exasperado a Beatriz hasta el punto del vituperio; muerta, yo podía consagrarme a su memoria, sin esperanza pero también sin humillación. Los insultos y burlas que tanto me habían dolido desaparecían con ella; justamente, la corbata preferida de Beatriz era ahora el símbolo del comienzo de su segunda muerte. La interpretación me animó, aunque sólo se trataba de un paliativo para no sufrir la pérdida de una corbata tan fina. Consideré que el 30 de abril era su cumpleaños; visitar ese día la casa de la calle Garay para saludar a su padre sedado y ausente y a Carlos Argentino Daneri, su primo hermano, era un acto cortés, irreprochable, tal vez ineludible. De nuevo aguardaría en el crepúsculo de la abarrotada salita verde con paredes forradas de seda rosa, de nuevo estudiaría las circunstancias de sus muchos retratos. Beatriz Viterbo, de perfil, en colores, cansada; Beatriz, con antifaz, en los carnavales de 1921; Beatriz en los carnavales de 1922 disfrazada de sirena, rodeada de hombres, la primera comunión de Beatriz. Beatriz, el día de su boda con Roberto de Alessandri, ya arrepentida aunque alegre. Beatriz, poco después del divorcio, en un almuerzo del Club Hípico, rodeada de hombres y caballos;

Beatriz, en líneas duras, dibujada por Dela-Hanty en 1925; Beatriz, en Quilmes, con Delia San Marco Porcel y Carlos Argentino (Daneri); Beatriz, desnudada por un pintor cubista; Beatriz, con uno de sus supuestos novios; Beatriz, con el pequinés negro que le regaló Tití Villegas Haedo Rawson; Beatriz con fondo futurista, aún joven, con un libro brillante entre las manos; Beatriz, de frente y de tres cuartos, sonriendo, la mano en el mentón... No estaría obligado, como otras veces, a justificar mi presencia con módicas ofrendas de libros: libros cuyas páginas, finalmente, aprendí a cortar a escondidas para no comprobar, meses después, que estaban intactos. Un día, incluso, aburrido y con buena voluntad, llegué a cortar las páginas de algunos libros que no habían sido regalo mío.

Beatriz Viterbo murió en 1929; desde entonces, no dejé pasar un 30 de abril sin volver a su casa. Yo solía llegar a las siete y cuarto y quedarme unos veinticinco o veintiséis minutos; cada año aparecía un poco más temprano y me quedaba más tiempo; en 1933, una lluvia torrencial me favoreció: tuvieron que invitarme a comer y ofrecerme una cama para pasar la noche. La cama estaba sucia, pero yo dormí contento. No desperdicié, como es natural, ese buen precedente; en 1934, aparecí, ya dadas las ocho, con un alfajor santafesino y un vino patero; con toda naturalidad me quedé a comer y luego, con la excusa de que mi casa estaba siendo pintada, me quedé a dormir. Así, en aniversarios melancólicos y vanamente eróticos, recibí las graduales confianzas de Carlos Argentino Daneri, que invariablemente aparecía en mi habitación a las cinco y cinco de la mañana y me preguntaba varias veces, con volumen creciente, si dormía; luego me tocaba escucharlo semiconsciente por una hora hasta que me levantaba, me vestía y desayunábamos juntos. A la cuarta vez descubrí que había quedado prisionero de un ritual anual que me disgustaba; el disgusto, de a poco, fue pasando del ritual a Carlos Argentino; sólo pude disfrutar del ritual anual que me disgustaba; el disgusto, de a poco, fue pasando del ritual cuando Carlos Argentino se convirtió para mí en alguien ya del todo insoportable y, por lo tanto, irremediable y especial.

Beatriz era alta, frágil, muy ligeramente inclinada como una torre italiana: había en su andar (si el oxímoron es tolerable) una como graciosa torpeza, un principio de éxtasis racional, una decisión involuntaria; Carlos Argentino es rosado, considerablemente rosado, canoso, de rasgos finos y afilados. Ejerce no sé qué cargo subalterno en una biblioteca ilegible, húmeda y desordenada de los arrabales del Sur; es autoritario y lúcido, pero también es ineficaz y necio; aprovechaba, hasta hace muy poco, las noches y las fiestas para no salir de su casa. A dos generaciones de distancia, la ese italiana y la copiosa gesticulación italiana sobreviven en él; cuando habla mueve las manos como si quisiese hacer circular el aire viciado; cuando se enoja se pone colorado y sus rasgos, podría decirse, engordan; curiosamente, esos rasgos engordados resultan mucho más atractivos que los finos y filosos originales. Medité mucho sobre esto sin llegar a conclusiones firmes hasta que, medio en broma, o al menos sonriendo, hojeé en mi biblioteca la primera y probablemente única edición (París, 1663) de la obra de Peruchio dedicada entre otras cosas a la fisiognomía y llegué, por azar, al dibujo correspondiente al tipo del «extravagante» que si bien no se parecía en nada a Daneri en estado de reposo sí resultaba sorprendentemente similar al Daneri engordado.

¿Qué más se puede decir de él? Su actividad mental es continua, apasionada, versátil y del todo insignificante; es capaz de resumir en pocas palabras los libros más complejos de un

modo que uno llega a preguntarse si realmente fueron alguna vez complejos. A causa de este perverso ejercicio suyo me vi obligado a releer libros que había olvidado para descubrir que, paradójicamente, la complejidad seguía ahí a la vez que el resumen de Carlos Argentino era preciso. Sobre esto no medité, lo atribuí al misterio. Siempre, por lo demás, abunda en inservibles analogías y en ociosos escrúpulos. Tiene (como Beatriz) grandes y afiladas manos hermosas de pianista vienés. Durante algunos meses padeció la obsesión de Paul Fort, menos por sus baladas que por la idea de una gloria intachable; o quizá por ambas cosas: por la gloria intachable de sus baladas. «En vano te revolverás contra él; no alcanzará, no, la más inficionada de tus saetas: todas sus comas son perfectas.» Cuando hablaba de esta forma afectada ese italiana se transformaba en un ceceo que anulaba la afectación, como si él mismo tratara de burlarse de su tono. Era, a pesar de todo, una estrategia inteligente, aunque tenía consecuencias. Un día, antes de despedirme hasta el año siguiente, maliciosamente se lo hice notar; se retiró sin saludarme. Al año siguiente parecía haber olvidado el asunto; no me sentí responsable por la agudización del ceceo.

El 30 de abril de 1941 me permití agregar al alfajor y al vino patero una botella de coñac del país de Paul Fort. Carlos Argentino lo probó, lo juzgó interesante y emprendió, al cabo de unas copas, una desbordada vindicación del hombre moderno.

—Lo evoco —dijo con una animación algo inexplicable aunque predecible— en su gabinete de estudio, como si dijéramos en la torre albarrana de una ciudad, como la de Montaigne, quizá, pero cuadrada, provisto de teléfonos, de telégrafos, de fonógrafos, de banderines, de aparatos de radiotelefonía, de bolígrafos, de cinematógrafos, de linternas mágicas, de luces amarillas, de glosarios, de horarios, de prontuarios, de posters coloridos, de botines...

Observó que para un hombre así facultado el acto de viajar era inútil; nuestro siglo XX había transformado la fábula de Mahoma y de la montaña; las montañas, ahora, convergían sobre el moderno Mahoma hasta aplastarlo. Lo gratuito e inadvertido de su herejía me hizo sonreír. Pero tan ineptas me parecieron, de todos modos, esas ideas, tan pomposas y tan vasta su exposición, que las relacioné inmediatamente con la peor literatura de la época; con demasiada pedantería, le dije que por qué no las escribía y publicaba un librito. Previsiblemente molesto, respondió ceceando y con los rasgos un poco engordados que ya lo había hecho, que esos conceptos, y otros no menos novedosos, figuraban en el Canto-Prólogo de un poema en el que trabajaba desde hacía veinte años, sin *réclame*, sin bullanga ensordecedora y barata, siempre apoyado en esos dos báculos que se llaman el trabajo y la soledad, y que su extensión le impedía pensar en un *librito*: ya tenía más de mil páginas. Luego, satisfecho con la confesión aunque nervioso, me reveló su método como si de un secreto se tratara: primero abría las compuertas a la imaginación; luego hacía uso de la lima; finalmente, soplabla. El gran poema se titulaba *La Tierra*; tratábase de una descripción del planeta en la que no faltaban, por cierto, la pintoresca digresión, el lujo lingüístico y el gallardo apóstrofe. Entusiasmado, ceceando y ya notablemente engordado, agregó que tampoco faltaba la *literatura*. La palabra quedó resonando alrededor nuestro: yo quedé confundido. ¿Qué quería darme a entender? ¿Se trataba de un ataque personal? ¿Su nariz había tomado la forma de dos bombones pegados y semiderretidos; los párpados se habían hinchado

como los de esos peces del jardín japonés, hasta cubrir por completo los globos oculares. No podía verme, y eso lo alentó para estirar las manos, también gordas y blandas, y tocarme la cara. Me corrí, asqueado. Oí sonidos que salían de sus labios inflamados. «¿Qué Carlos? No te entiendo», le dije, liviano y todavía sobrador. Pero inmediatamente sentí vergüenza y culpa por su estado. ¿Por qué había dicho eso del *librito*?

En un intento por deshincharlo, le rogué que me leyera un pasaje, aunque fuera breve, brevísimo, de la *gran obra*. Le expliqué que su descripción me había entusiasmado y que no me iría sin oír más no fuera dos versos cortos. Luego de mentir así sentí que enrojecía de vergüenza; paralelamente, Carlos Argentino empezaba a deshincharse. Con manos todavía gomosas abrió un cajón del escritorio y sacó un alto legajo de hojas gruesas de block estampadas con el membrete de la Biblioteca Juan Crisóstomo Lafinur que se le cayeron y desparramaron por el suelo; me agaché para levantarlas y, ya en el piso, descubrí mi torpeza; él las había dejado caer a propósito. Cuando me paré y se las alcancé, vi que el placer de la venganza lo había deshinchado del todo; ya era el mismo de siempre, fino y filoso. Me miró con arrogancia y leyó con sonora satisfacción:

*He visto, como el griego, las urbes de los hombres divertidos,
Los trabajos, los días de varia luz, el hambre y el lamido;
No corrijo los hechos, no falseo los nombres, escribo,
Pero el voyage que narro, es... autor de ma chambre, amigo.*

—Estrofa a todas luces interesante —dictaminó el pedante—. El primer verso granjea el aplauso del catedrático, del académico, del helenista, del tratadista, cuando no de los eruditos a la violeta, sector considerable de la opinión pública que por esta vez recibe mis caricias con la adjetivación del final; el segundo pasa de Homero a Hesíodo (todo un implícito homenaje, en el frontis del flamante edificio, al padre de la poesía didáctica), no sin remozar un procedimiento cuyo abolengo está en la Escritura, la enumeración, congerie, lista o conglobación; el tercero —¿barroquismo, decadentismo, vanguardismo; culto depurado y fanático de la forma o del contenido?— consta de dos hemistiquios más o menos gemelos alterados por la autorreferencia final, pura metaliteratura; el cuarto, francamente bilingüe, mediante la frase engarzada me asegura el apoyo incondicional de todo espíritu *amigo* sensible a los desenfadados y bajos envites de la facecia, ¿se entiende?, del chiste. Nada diré de la rima rara y delicada ni de la ilustración que me permite, ¡sin pedantismo ni grosería!, acumular en cuatro versos tres... no, cuatro alusiones eruditas que abarcan treinta siglos de apretada literatura: la primera a la *Odisea*, la segunda a los *Trabajos y días*, la tercera a la bagatela inmortal que nos depararan los ocios de la pluma del saboyano y la cuarta a un gran poeta del país amazónico... Comprendo una vez más que el arte moderno exige el bálsamo de la risa, el *scherzo* liberador, por más que no nos guste. ¡Mirandolina! ¡Forlipopoli! ¡Decididamente, tiene la palabra Goldoni!

Mientras en mi cabeza resonaba desagradablemente el *nos* de su «no *nos* guste», Carlos Argentino me leyó y releyó muchas estrofas que también obtuvieron su aprobación y su comentario profuso y desbordado. Nada realmente memorable había en ellas; ni siquiera

las juzgué mucho peores que la anterior. Que todavía las recuerde no me hace dudar de lo olvidable de los versos; más bien me obliga a reflexionar sobre la capacidad de selección de mi memoria. En su escritura habían colaborado la aplicación, la resignación y el azar; luego, el azar, la resignación y la aplicación; siempre doble y espejado, en ese orden. Las virtudes que Daneri les atribuía eran posteriores, sin duda, aunque esto permitía elaborar y sospechar toda una teoría de la inspiración. ¿O era que la crítica sólo tenía lugar cuando la literatura se retiraba? Misterio... Comprendí, de todos modos, que el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de razones para que la poesía fuera admirable; naturalmente, ese ulterior trabajo modificaba la obra para él, pero no para los otros. ¿Aunque no ocurría a veces eso *también*? ¿No era posible pensar en poetas que se tomaban ese trabajo y tenían éxito en modificar la obra para los demás? Porque si no, ¿creía yo en la inspiración, así, sencillamente, y en la objetividad del trabajo del crítico? Estaba, además, la forma del recitado. La dicción oral de Daneri era extravagante y por momentos ceceante; su torpeza métrica le vedó, salvo contadas veces, transmitir esa extravagancia al poema.¹

Una sola vez en mi vida he tenido ocasión de examinar los casi quince mil dodecasílabos del *Polyolbion* o quizá *Poly-Olbion*, esa epopeya topográfica en la que Michael Drayton registró la fauna, la flora, la hidrografía, la orografía, la minería, la historia militar y monástica de Inglaterra, basándose, sobre todo, en la *Britannia*, de William Camden. La primera parte se publicó en 1612 y la segunda junto con la primera en la edición completa de 1622; esa edición, que es la que pude consultar esa única vez en casa de H., un coleccionista, incluye una ilustración que cada tanto vuelvo a ver en sueños. Es la correspondiente a los ignotos condados de Glamorganshire y Monmouth-shire, que si bien resulta similar a otras del mismo libro y de otros libros de la época, tiene algo que inexplicablemente me perturba y me produce una alegría oscura. En todo caso, estoy seguro de que el *Poly-Olbion*, es producto considerable pero sabiamente limitado a lo que se proponía —en palabras del propio Drayton: «a chorographicall description of this renowned Isle of Great Britaine»—, es muchísimo menos tedioso que la vasta empresa congénere de Carlos Argentino. Éste, más ambicioso e ingenuo, se proponía versificar toda la redondez del planeta; en 1941 ya había despachado unas hectáreas del estado de Queensland, más de un kilómetro del curso del Ob, un espacio oculto e irregular dentro de un ladrillo hueco de una de las paredes de su casa, un gasómetro al norte de Veracruz, las columnas de un templo pagano de Armenia, las principales casas de comercio de la parroquia de la Concepción, algunos grabados pornográficos hechos por presos de la Isla del Diablo, la quinta de Mariana Cambaceres de Alvear en la calle Once de Septiembre, en

¹ Recuerdo, sin embargo, estas líneas de una sátira en que fustigó con rigor a los malos poetas:

Aqueste da al poema belicosa armadura blanda

De erudición; estotro le da pompas y galas, guirnaldas.

Ambos baten en vano las ridículas alas y mandan...

¡Olvidaron, cuitados, el factor HERMOSURA EXTRAÑA!

Sólo la duda sobre la cacofónica rima final y el temor de crearse un ejército de enemigos implacables y poderosos lo disuadieron (me dijo) de publicar sin miedo el poema.

Belgrano, el interior y exterior de una casa de masajes de Ámsterdam y un establecimiento de baños turcos no lejos del acreditado acuario de Brighton. Me leyó ciertos laboriosos pasajes de la zona australiana de su poema; esos largos e informes octodecasílabos con apariencia de alejandrinos estirados carecían de la relativa agitación del alarmante prefacio. Copio una estrofa querecuerdo:

*Sepan. A manoderecha del poste rutinario que me gusta
(Viniendo, claro está, desde el Nornoroeste de cemento)
Se aburre la osamenta —¿Color? Blanquiceleste muy incierto—
que da al corral de ovejas catadura de osario y vida injusta.*

—¡Dos audacias —gritó con exultación— rescatadas, te oigo mascullar, por el éxito! ¡Más de dos! Lo admito, lo admito, son muchas. Una, el epíteto *rutinario*, que certeramente denuncia, *en passant*, el inevitable tedio inherente a las faenas pastoriles y agrícolas, tedio que ni las *Geórgicas* ni nuestro ya laureado *Don Segundo* se atrevieron jamás a denunciar así, al rojo vivo. Otra, en el mismo verso, la confesión del poeta de que esa rutina le gusta, de tal forma que el rechazo en una primera instancia de lo bucólico se convierte así en una aceptación plena pero subjetiva, y, por lo tanto, definitivamente moderna y hasta masoquista. Una tercera, que me hincha el orgullo, la inclusión sorpresiva, totalmente novedosa la mires por donde la mires, del cemento en un paisaje campestre. Una cuarta: el enérgico prosaísmo *se aburre una osamenta*, que el melindroso amanerado querrá excomulgar con horror pero que apreciará más que su vida el crítico de gusto viril y argentino. Todo el reverso, por lo demás, es de muy subidos quilates. El segundo hemistiquio, si puedo llamarlo así, entabla animadísima charla con el lector; se adelanta a su viva curiosidad, le pone una pregunta en la boca y la satisface... al instante, para luego al final (*incierto*) dudar del dato dado: aquí el masoquista se vuelve sádico. ¿Y por qué me dices de ese hallazgo, *blanquiceleste*? El pintoresco neologismo *sugiere* el cielo, que es un factor importantísimo del paisaje australiano. Sin esa evocación resultarían demasiado sombrías las tintas del boceto y el lector se vería compelido a cerrar el volumen, herida en lo más íntimo el alma de incurable y negra melancolía. Eso no me impide, de todos modos incurrir en la denuncia existencialista de la opresión por medio del paralelismo entre la falta de libertad en un corral y la insatisfacción de los hombres con sus vidas: injusticia y muerte, eso es el último verso.

Hacia la medianoche, agotado, me despedí hasta el 30 de abril siguiente.

Pero no fue así. Dos domingos después, estaba jugando con las variantes del famoso soneto combinatorio de Quirinus Kuhlmann cuando Daneri me llamó por teléfono, entiendo que por primera vez en la vida. Me desagradó un poco al atender escuchar su voz filosa: en mi imaginación, esos aparatos habían sido diseñados para el coqueteo entre hombres y mujeres. Para empeorar mi sensación, Daneri me propuso que nos reuniéramos a las cuatro «para tomar juntos la leche», y luego de un silencio que adjudiqué a su sadismo agregó: «en el continuo salón-bar que el progresismo de Zunino y de Zungri —los propietarios de mi casa, recordarás— inaugura en la esquina; confitería que te importará conocer». No, no me importaba, pero sin saber por qué acepté rápidamente, con más resignación que entusiasmo pero también, supongo, como un

modo de tomar alguna iniciativa en ese encuentro. Noté enseguida, sin embargo, que mi velocidad de respuesta había sido prevista por Daneri.

Llegué muy agitado al salón, con ímpetu estudiado, necesitado de restablecer mi figura vagamente dominante en la relación. Nos fue difícil encontrar mesa; el «salón-bar progresista», inexorablemente moderno, era apenas un poco menos atroz que mis previsiones; en las mesas vecinas, el excitado público mencionaba las sumas invertidas sin regatear por Zunino y por Zungri. Quinientos, seiscientos, setecientos... «Hablan de miles», me aclaró Carlos Argentino guiñándome el ojo. Luego fingió asombrarse de no sé qué primores de la instalación de la luz (que, sin duda, ya conocía de memoria) y me dijo con cierta severidad, inadecuada a la situación y al comentario:

—Mal de tu grado habrás de reconocer, Borges, que este local se parangona con los más encopetados de tu querido Flores.

Le respondí que sí poniendo cara de que no. ¿Mi querido Flores? Agregué después que si se parangonaba era sólo porque no era más que una imitación, y los primeros a la vez una imitación de otros lujosos locales europeos: si éste y los de Flores se parecían, no podía decirse de los de Flores y los de Europa. Me miró ofendido, y estaba por retrucar cuando vimos que una mesa se desocupaba. Corrimos desesperados a sentarnos, pero antes de llegar notamos lo desagradable de nuestra conducta, por lo que bajamos un poco la velocidad y permitimos, con frases y gestos corteses, que una pareja de ancianos falsamente elegantes se sentara. Nos miramos, Daneri y yo, primero dudosos y luego contentos. El intercambio de sonrisas se interrumpió antes de volverse incómodo cuando descubrimos una mesa que se estaba desocupando casi en la otra punta del salón. Esta vez no corrimos, aunque caminamos lo más rápido que se puede caminar sin correr. Estábamos a dos metros de la mesa cuando vimos a dos hombres acercándose desde el otro lado. No dudé en dar un salto para alcanzarla; ante las caras de sorpresa de los dos hombres, nos sentamos. Daneri me dijo que no me creía capaz de actos de ese tipo. Agregó, luego, que a su parecer el arrojo que antes se exigía a los hombres en las guerras y los duelos se exhibía ahora en situaciones cotidianas. «Y no deberíamos quejarnos ni sufrir por eso», insistió. Miré hacia fuera del local y vi a los dos hombres parados. Daneri tenía razón: con la cabeza baja, parecían soldados vencidos dándose ánimos mutuamente. Volvió a hablar: «Se necesita valor, es indiscutible, incluso para no temerle al ridículo». Había vuelto el sádico, y no me asombró por lo tanto lo que vino después: me relejó, sin preguntarme si deseaba escucharlo, cuatro o cinco páginas del poema. Las había corregido según un depravado principio de ostentación verbal: donde antes escribió *azulado*, ahora abundaba en *azulino*, *azulenco* y hasta *azulillo*. La palabra *lechoso* no era bastante fea para él; en la impetuosa descripción de un lavadero de lanas, prefería *lactario*, *lactinoso*, *lactescente*, *lechal*... *Celeste* le parecía poca cosa; no así *cielino*. *Rojo* era invariablemente *carmesí*, *bermellón* o *granate*, lo que no estaba mal, pero ¿qué se podía pensar del cambio de *conversión* por *convertición*? ¿Y de *amigo* por *contertulio*? ¿Y la *llamada* por *llamamiento*, *agua* por *fluido*, *libro* por *vademécum*? ¿*Lugar* por *sitio*? ¿*Barco* por *embarcación*? ¿*Auto* por *vehículo*? ¿*Casa* por *hogar*? ¿*Frialdad* por *gelidez*? ¿*Cara* por *rostro*? ¿*Lámpara* por *Luz*? A pesar de todo, su objetivo, me dijo, era sonar espontáneo. Le pregunté cómo se proponía lograr eso. No me respondió y se quedó mirando por la ventana. Insistí, un poco irritado, y lo interrogué acerca del cambio de

silueta por figura, pero él no se inmutó: parecía ido. Sentí que Daneri estaba perdiendo la estabilidad emocional. Eso lo hacía más interesante, y noté que incluso me daba algo de envidia: yo era incapaz de perderla; los poetas la perdían. Entendí que en eso consistía su espontaneidad: era capaz de hacer cualquier cosa que quisiera. Yo, por el contrario, seguía asociando la idea de espontaneidad a cierta reminiscencia coloquial en la sintaxis o a una pureza emocional no artificiosa en la elección léxica, pura retórica estandarizada de lo espontáneo. Era una estupidez: la verdadera espontaneidad consistía en armar una retórica propia de la espontaneidad sin pensar en los otros. Su depravado principio de ostentación verbal era espontáneo; mis correcciones y observaciones, amaneradas y pretenciosas. De todos modos, yo no era un practicante de la espontaneidad, y no estaba seguro de querer serlo.

Denostó después con amargura a los críticos literarios y a los periodistas culturales; luego, más benigno, los equiparó a esas personas «que no disponen de metales preciosos ni tampoco de prensas de vapor, laminadoras y ácidos sulfúricos para la acuñación de tesoros, pero que pueden *indicar a otros el sitio* de un tesoro». Luego agregó: «El problema es que por lo general indican mal» Nos reímos. Acto continuo censuró la *prologomanía*, «de la que ya hizo mofa, en donosa prefación del Quijote, Miguel de Cervantes Saavedra, el Príncipe de los Ingenios». Admitió, sin embargo, que en la portada de la nueva obra convenía el prólogo vistoso y derrochador, el espaldarazo firmado por el plumífero de garra, de fuste y de banca. Reconoció que eso lo avergonzaba pero que debía pensar en su trascendencia y olvidar su orgullo: «Si hago ahora una o dos cosas inofensivas que me disgustan, quizá en el futuro próximo pueda disfrutar de cierta felicidad y reconocimiento, e incluso de un poco de gloria. Acordarás conmigo en que vale la pena». Sin meditarlo, dije que sí. Agregó que pensaba publicar los cantos iniciales de su poema. Comprendí, entonces, la singular invitación telefónica; el hombre iba a pedirme que prologara su pedantesco fárrago. Me incomodó el orgullo que sentí y rápidamente exhibí una negativa cortés y expliqué que no me consideraba merecedor ni capaz. Pero mi temor resultó infundado: Carlos Argentino observó, con admiración rencorosa y disfrutando de la humillación a la que me sometía, que no creía errar el epíteto al calificar de sólido el prestigio logrado en todos los círculos por Álvaro Melián Lafinur, hombre de letras, que, si yo me empeñaba como correspondía, prologaría con embeleso y brillo el poema. Vi que había caído en una trampa: él había esperado a que yo me excusara como prologuista para luego pedirme un favor que, en falta, sin fuerzas y avergonzado, no podría sino aceptar. Dije que sí, que lo haría. Para evitar el más imperdonable de los fracasos, continuó, yo tenía que hacerme portavoz de dos méritos inconcusos; la perfección formal y el rigor científico, «porque ese dilatado jardín de tropos, de figuras, de galanuras, no tolera un solo detalle que no confirme la severa verdad». Agregó que Beatriz siempre se había distraído con Álvaro. «¿*Distraído?*», pregunté, ya convertido en trapo viejo. «¿Vamos», me respondió con una sonrisa, mientras se paraba. Y estaba sacando dinero de mibolsillo cuando agregó: «Yo invito».

Asentí, profusamente asentí, como un loco. Después aclaré, mayor verosimilitud e intentando recuperar un poco de dignidad, que no hablaría el lunes con Álvaro, sino el jueves; en la pequeña cena que suele coronar toda reunión del digno Club de Escritores. (No hay tales cenas ni podría haberlas, pero es irrefutable que las reuniones tienen lugar

los jueves, hecho que Carlos Argentino Daneri podría comprobar en los diarios y que dotaba de cierta realidad a la frase. Mentirle, además, me devolvía valor y humanidad.) Dije, entre adivinatorio y sagaz y liviano, que antes de abordar el tema del prólogo, describiría el curiosa plan de la gran obra, y remarqué la palabra *gran* para que él notara que me estaba burlando. Él lo notó y yo vi cómo se hinchaban un poco la nariz y el cuello. No pude ver más porque nos despedimos; al doblar por Bernardo de Irigoyen, encaré con toda imparcialidad los porvenires que me quedaban: a) hablar con Álvaro y decirle que el primo hermano aquel de Beatriz (ese eufemismo explicativo me permitiría nombrarla, hacerla aparecer ante él, entre nosotros, con familiaridad) había elaborado un poema que parecía dilatar hasta lo infinito las posibilidades de la cacofonía y del caos, ambos ya de por sí infinitos; b) no hablar nada con Álvaro y hacerme el tonto con Carlos Argentino; c) escribir un prólogo ambiguo y sutilmente crítico, y yo mismo entregárselo a Daneri con la firma falsa de Álvaro, que yo sabía hacer; d) pedirle al hermano de Álvaro, Andrés Melián Lafinur, un oscuro contador no muy lúcido, que hiciera un prólogo y lo firmara «A. Melián Lafinur»; e) escribir a dúo con Álvaro un texto que destruyera las pretensiones de Carlos Argentino con la esperanza de disuadirlo de la publicación; f) decirle a Daneri que Álvaro espera el manuscrito, retenerlo una semana y luego devolvérselo diciéndole que Álvaro lo consideró de un realismo de mal gusto y, en tanto ensayo de duplicación del universo, frívolo y naif, ya que lo real no nos es dado ni resulta nunca del todo nombrable. Preví, lúcidamente, que mi desidia optaría por b. Lo acepté y opté entonces yo también por b con la alegría de quien esquivaba una decisión incómoda.

A partir del viernes a primera hora, empezó a inquietarme el teléfono. Esa inquietud no la había previsto: ¿cómo explicaría mi desidia? Me indignaba, también, que ese instrumento, que algún día produjo la irrecuperable voz de Beatriz, pudiera rebajarse a receptáculo de las inútiles y quizá coléricas quejas de ese engañado Carlos Argentino Daneri. Luego recordé que el teléfono que había reproducido a Beatriz no había sido este, que era nuevo y claro, sino uno anterior, de baquelita negra, que había dejado caer al piso poco después de su muerte. Este recuerdo me perturbó. ¿Lo había hecho a propósito? Me había llevado mucho tiempo animarme a comprar uno nuevo, y ahora me daba cuenta de que para mí los teléfonos no sólo estaban asociados a la voz femenina sino específicamente a la voz de Beatriz, y que si eso no podía volver a ocurrir, ¿debía entonces abandonar la idea de usar normalmente un teléfono? ¿Y debía resignarme a que este teléfono quedara identificado con la filosa voz de Carlos Argentino? Decidí lo siguiente: si él volvía a llamarme, destruiría este teléfono con decisión, tal vez con un martillo. Felizmente, nada ocurrió —salvo mi decepción de que nada ocurriera—; luego la siguió el rencor inevitable que me inspiró aquel hombre que me había impuesto una delicada gestión y luego me olvidaba.

El teléfono perdió sus terrores, y logré incluso que una amiga de mi hermana con una voz similar a la de Beatriz me llamara regularmente para hablar de cualquier cosa. Las charlas duraban pocos minutos, pero el efecto era benéfico. Y todo marchaba adecuadamente cuando, a fines de octubre, Carlos Argentino me habló.

Estaba agitadoísimo; no identifiqué su voz, al principio: todo se oía engomado. Pensé inicialmente que se debía a un desperfecto técnico y golpeé suavemente el teléfono; luego entendí la frase «indignante cosmogonía adocenada». Le dije que se calmara y volviera a llamarme en diez minutos. Cuando lo hizo su voz había mejorado

considerablemente, no así su agitación. Con tristeza y con ira balbuceó que esos ya ilimitados Zunino y Zungri, progresistas baratos y usureros, so pretexto de ampliar su desaforada confitería y su cuenta bancaria, iban a demoler su casa.

—¿Qué casa, Carlos?— pregunté, tratando quizá de mostrarle que esa casa era para mí de Beatriz.

—¡La casa de mis padres, ay mi casa, la vieja casa inveterada de la calle Garay! —repitió, quizá olvidando su pesar en la melodía—. Esto pasa por ser inquilino.

Es inexplicable que nunca nadie haya pensado en comprar. La familia tuvo buenos momentos, pudo haberse hecho... Fuimos la decadencia, mis padres vivieron en la jactancia.

No sólo pude evitar reírme sino que, de hecho, no me resultó muy difícil compartir su congoja. Ya cumplidos los cuarenta años, todo cambio es un símbolo detestable del pasaje del tiempo y de su incómoda finitud; además se trataba de una casa que, para mí, aludía infinitamente a Beatriz, como el teléfono de baquelita negra. Quise aclarar ese delicadísimo rasgo; mi interlocutor no me oyó. Insistí. Me respondió que no podía en ese momento pensar en la baquelita. Dijo luego que si Zunino y Zungri persistían en ese propósito absurdo y capitalista, el doctor Álvaro Zunni, su abogado, los demandaría ipso facto por daños y perjuicios y los obligaría a abonar cien mil nacionales o más, quizá incluso tanto como para comprarles la casa de una vez. Agregó que podía resultar incluso que acabara quedándose también con el salón-bar.

El nombre de Zunni me impresionó; su bufete, en Caseros y Tacuarí, es de una seriedad proverbial, aunque también se sabía de casos dudosos y de criminales que gracias a él seguían en el oficio. A la vez me asustó: por imposible que pareciera, ya la idea de que Carlos Argentino comprara la casa me producía una envidia negra, y si había alguien capaz de concretar el milagro, ése era Zunni. Interrogué, con tono calmo, si éste se había encargado ya del asunto. Daneri dijo que le hablaría esa misma tarde por teléfono. La palabra teléfono me hizo temblar. Luego Daneri agregó, con malicia, que Zunni siempre se había entendido con Beatriz. Estuve a punto de cortar, pero en lugar de eso hablé:

—¿Qué significa entendido? Zunni debe andar por los noventa años...

—¿Significar? Bueno, pienso posibles estrategias. Necesito a Zunni comprometido en esto como sea. ¡No reconozco límites en esta batalla!

—¿Pero qué se sabe de Zunni con Beatriz? Nunca oí nada sobre eso...

Hubo un silencio. Luego vaciló y, con esa voz llana, impersonal, a que solemos recurrir para confiar algo muy íntimo, cambió de tema: dijo que para terminar el poema le era indispensable la casa, pues en un ángulo del oscuro sótano había un Aleph. Aclaró que un Aleph es uno de los puntos del espacio que contienen todos los puntos del espacio.

—Está en el sótano del comedor —explicó aligerada su dicción por la angustia— es mío, es mío, mío: yo lo descubrí en la niñez, antes de la edad escolar, y eso me cambió la vida. ¿Para mejor? No lo sé, pero ahora estoy fundido con el Aleph: sólo veo a través de él. La escalera del sótano es empinada, muy empinada; mis tíos, siempre sobreprotectores, me tenían prohibido el descenso, pero alguien, quizá un mayordomo, dijo una vez que había un mundo de fantasía en el sótano. Se refería, lo supe después, a un baúl lleno de libros infantiles, pero yo en ese momento entendí que había un mundo de fantasía verdadero, por fuera del papel. ¡Ay, literatura! Bajé secretamente, con miedo y torpeza, rodé por la

escalera vedada, caí. Al abrir los ojos, en la oscuridad, vi el Aleph y entendí por primera vez la secuencia Fibonacci.

—¿El Aleph? ¿La secuencia Fibonacci? — repetí.

—Sí, la secuencia Fibonacci, de Leonardo Fibonacci, siglo doce.

Me sentí avergonzado:

—No, no la ubico... Aunque me suena...

—Sí, seguro está en algún lugar de tu cabeza. Es 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144...

—Ah, sí, sí, claro, ¡la de los pétalos! Se me había mezclado con otra.

Visualicé el gráfico inmediatamente:

—Está bien, sí, la recuerdo —dije, molesto— ¿Y el Aleph?

—Bueno, eso es más interesante, es un mihrab...

—...

—Es el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.

—¡Cómo en tu poema!— exclamé, y lo espontáneo de mi entusiasmo me avergonzó.

—¡Exacto! A nadie revelé mi descubrimiento, pero volví. ¡El niño no podía comprender que le fuera deparado ese privilegio para que el hombre burilara el poema. ¡Y el adulto no puede soportar que el mercantilismo universal inunde de piedra molida el pantano luminoso de la poesía! No me despojarán esas ratas de Zunino y Zungri, no, no y mil veces no. ¡No! Código en mano, el gran doctor Zunni probará que es *inajenable* mi Aleph. Estoy dispuesto, incluso, a quedarme con un sótano debajo de la confitería. ¡La casa no me importa! Y aunque te ofendas, ¡tampoco me importa la memoria de Beatriz!

Me pareció loco y lo oí engorrido, nuevamente gomoso. Traté de razonar.

—Pero, ¿no es muy oscuro el sótano ese, Daneri?

—La verdad no penetra en un entendimiento solemne, pero tampoco en uno rebelde. Si todos los lugares de la tierra están en el Aleph, ahí estarán todas las luminarias, las lámparas, todos los veneros de luz. Y ahí está: tu *lámpara* y tu *luz*, juntas, pueden convivir más allá de tus juicios e interpretaciones. Yo no *reemplazo*: propongo, amontoño, apilo. Lo mío es moderno; tu interpretación anacrónica se esfuerza en verme anterior a sí misma.

Me pareció, ahora sí, loco, pero su locura lúcida me irritaba: no podía discutirle cuando hablaba desde ese lugar. Quise decir algo, pero él lo hizo primero.

—¿Vendrás a verlo o no?

—¿Qué cosa?

—El Aleph, por supuesto... ¿En qué pensabas?

—En nada. Iré a verlo inmediatamente, si eso te place.

—No es por mí: creo que es tu deseo.

—No, no es mi deseo.

—Buenos, está bien, no vengas.

Cortamos. Los quince minutos siguientes los pasé lamentándome. ¿Por qué había dicho eso? No había nada que deseara más que ver el Aleph. Me esforzaba en pensar que era una mentira, que Daneri estaba loco, etc. Pero otra voz me decía que no podía dejar pasar esta oportunidad solamente por orgullo.

Lo llamaría Daneri y le diría, con tono distante, que pasaría a tomar algo; una vez ahí sacaría nuevamente el tema del Aleph y comentaría, con una sonrisa, que verlo no me vendría mal. Estaba por llamar cuando me sorprendió el timbre del teléfono. Atendí inmediatamente. Daneri me dijo que no me preocupara, que él sabía que yo quería verlo y que se permitía llamarme para agilizar mis «trámites con el orgullo». Le dije que estaba equivocado, pero que no me molestaría pasar a tomar algo, y que iba para allá. Me despedí y corté rápido, antes de que él pudiera emitir una prohibición y antes, sobre todo, de que mi orgullo contraatacara.

Basta el conocimiento de un hecho para percibir en el acto una serie de rasgos confirmatorios, antes insospechados; me asombró no haber comprendido hasta ese momento que Carlos Argentino era un loco brillante. Todos esos Viterbo, por lo demás... Beatriz (yo mismo suelo repetirlo) era una mujer hermosa, una niña de una clarividencia casi implacable, pero había en ella negligencias, distracciones coquetas, desdenes sensuales, verdaderas crueldades de la exhibición, que tal vez reclamaban una explicación patológica... Cierta vez, el doctor Sigui me había sugerido que Beatriz padecía un desorden sexual. Luego se negó a explicarme a qué se refería, pero no dudó en aconsejarme que me alejara de ella. Y ahora seguía Daneri... Pero por algún motivo la locura de Carlos Argentino me colmó de maligna felicidad; aunque íntimamente siempre, siempre nos habíamos detestado, a la vez me alegraba tener a alguien como él en mi vida. No era Beatriz lo que me acercaba a Daneri sino mi fascinación por la locura lo que me atraía hacia ambos.

En la calle Garay, la sirvienta me dijo que tuviera la bondad de esperar. El niño estaba, como siempre, en el sótano, revelando fotografías, ordenando papeles, limpiando cosas con un cepillo. Junto al jarrón sin una flor, en el piano inútil, mezclando entre otros, sonreía (más intemporal que anacrónico) el gran retrato de Beatriz, en torpes colores. «Tanto tiempo revelando fotografías para estos logros», pensé despreciativo. Pero a pesar del revelado y de los colores, la imagen era cautivante. ¿Sería el revelado así a propósito? ¿Tendría que aceptar la hipótesis de la genialidad de Daneri? No podía vernos nadie; en una desesperación de ternura me aproximé al retrato y, empañando el vidrio, le dije:

—Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz Elena Viterbo querida, Beatriz Viterbo perdida, malograda para siempre, soy yo, soy Borges, tu propio Borges.

Tomé otro retrato e hice lo mismo. Luego tomé otro, y otro.

Carlos Argentino entró poco después. Vio el desorden de retratos sobre el piano pero no pareció importarle. Habló con sequedad; comprendí que no era capaz de otro pensamiento que de la prodición del Aleph, *su* Aleph.

—Una copita pseudo coñac que trajiste la otra vez —ordenó— y te zampuzarás en el tenebroso sótano.

—Pero no es *seudo*, o al menos no del todo: Paul Fort era Chamagne y este es cognac, como te dije, es de su tierra.

—¡Ah —sonrió—: eso ya es bastante! Pero sólo era una broma...

—...

—Bueno, vamos a lo nuestro: ya sabés, el decúbito dorsal es indispensable.

También lo son la oscuridad, la inmovilidad, cierta acomodación ocular. Te acuestas en el piso de baldosas flojas y fijas los ojos en el decimonono escalón de la pertinente escalera

chueca y sucia. Me voy, bajo la trampa y te quedas solo. Algún roedor te mete miedo ¡fácil empresa! No podría asegurarte que no haya otros animales. ¡Ja! Soportas eso y listo, a los pocos minutos ves el Aleph. ¡El microcosmo de alquimistas y cabalistas, nuestro concreto amigo proverbial, el *multum in parvo*!

Me tomó de la mano y dimos unos pasos. Ya en el comedor, me soltó, fijó sus ojos en los míos y agregó:

—Claro está que si no lo ves, tu incapacidad no invalida mi testimonio... Quiero decir que si no lo ves el problema será tu incapacidad, no mi testimonio... ¿Se entiende? Baja, Jorge Luis; muy en breve podrás entablar un diálogo con *todas* las imágenes de Beatriz.

— ¿Qué significa *todas*?

Soltó una carcajada:

—¿Significar? Bueno, es un Aleph...

—Claro, el *multum in parvo*— dije con un temblor en la voz que anuló la ironía.

—Vamos, ¡sin temor!

Bajé con rapidez, harto de sus palabras insustanciales y de su valentía de verdugo. El sótano, apenas más ancho que la escalera, tenía mucho de mazmorra, mucho de pozo. Con la mirada busqué en vano el baúl de que Carlos Argentino me habló. Sentí que estaba siendo engañado. Unos cajones con botellas y unas bolsas de lona y de arpillera entorpecían un ángulo. Pateé sin querer, aunque con mucha fuerza, su aparato de revelado. Carlos, sin mirarme ni inmutarse por eso, tomó una bolsa, la dobló y la acomodó en un sitio preciso, luego en otro, luego en otro. Mientras lo hacía, gemía, saltaba y repetía «acá, acá, acá». Luego, de repente, se calmó.

—La almohada es humilde —explicó—, pero si la levanto un solo centímetro, incluso un solo milímetro, no verás ni una pizca y te quedas corrido y avergonzado ante mí. No es lo que quiero, así que repantiga en el suelo ese corpachón tuyo y cuenta diecinueve escalones. ¡No saltees los rotos! ¡Tampoco los doblados!

Cumplí con sus ridículos requisitos; al fin se fue, no sin antes gritar un «empieza la función» que me hizo apretar los dientes. Cerró cautelosamente la trampa; la oscuridad, pese a una hendidura que después distinguí, pudo parecerme total. Ese hecho me perturbó, y quizá por eso súbitamente comprendí mi peligro: me había dejado soterrar por un loco, luego de tomar un veneno que él hábilmente había colocado en mi coñac. Las bravatas de Carlos transparentaban el íntimo terror de que yo no viera el prodigio; Carlos, para defender su delirio, para no saber que estaba loco, *tenía que matarme*. Es decir: estaría loco por matarme, pero no por haber visto un Aleph inexistente. Sentí un confuso malestar, que traté de atribuir a la rigidez, y no a la operación del narcótico. Luego pensé que quizá no había sido envenenado sino drogado. Esa opción me reconfortó un poco: Carlos, para no saber que estaba loco, *tenía que drogarme*. Recordé haber leído sobre ciertos compuestos naturales con los que ignotas tribus selváticas aprendían a imaginar el universo. El medioevo no había escatimado tampoco en el uso de raíces. Recordé un pasaje de la *Investigación sobre las plantas* de Teofrasto, el discípulo de Platón y amigo de Aristóteles, que siempre me había intrigado: «Se administra una dracma si el paciente debe tan solo animarse y pensar bien de sí mismo; el doble si debe delirar y sufrir alucinaciones; el triple si ha de quedar permanentemente loco; se administrará una dosis cuádruple si debe morir». (IX, 11, 6). Recordé que Aristóteles le había dejado a Teofrasto

no sólo su biblioteca entera sino también su finca de Atenas: el famoso Liceo. ¿Qué dejaría yo, ahora? ¿Y cuántas dracmas me habría administrado Daneri? Recordé la definición que Teofrasto da del desconfiado en sus *Caracteres*: «sospecha de maldad en todos los seres humanos» (XVIII, 2). ¿Era Carlos Argentino Daneri una mala persona? Tuve que responderme que no, y que de hecho estaba muy lejos de serlo, y que en ese caso sí era yo un desconfiado. Acepté, también, que tampoco estaba loco; a lo sumo podía adjudicársele una leve excentricidad. Admití una vez más mi envidia. Pensé en mi admiración por ciertos ingleses. Recordé luego una torta austríaca que una empleada de mi familia sabía preparar. La empleada era chilena, de antepasados mapuches. Un día a mis quince años, ella me había confesado su conocimiento de la brujería indígena. Cierta vez nos entregamos juntos a los misterios de un humo curioso que no logró darme mucho más que un fuerte dolor de cabeza. Imaginé a la embriaguez como una virgen curadora y la sentí lejana. Pensé en todos los escritores que admiraba y los imaginé juntos fumando opio en un bodegón. Se reían, festejaban, se revoleaban mujeres e improvisaban poemas perfectos. Cerré los ojos, los abrí.

Entonces vi el Aleph.

Arribo, ahora, al inefable centro de mi relato; empieza, aquí, mi desesperación de escritor, mi temor de no poder estar a la altura de las circunstancias. Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten con otros interlocutores que a su vez comparten un pasado con otros, etc.; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? Memoria e infinito, los dos polos de la historia, se refutan el uno al otro. Los místicos, en análogo trance, prodigan los emblemas sagrados: para significar la divinidad, que es el rostro de todos los dioses, un persa habla de un pájaro que de algún modo es todos los pájaros, de su pico, sus alas, sus incontables plumas; Alanus de Insulis, de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; mi madre, de las brasas encendidas ocultas por otras brasas encendidas, de las cenizas dispersas y de la fuerza centrífuga del agua hirviendo; Ezequiel, de un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur: es el ángel de la expansión, del estiramiento, incluso del engordamiento. (No en vano rememoro esas inconcebibles analogías; alguna relación tienen con el Aleph, aunque no discutiría mucho si alguien afirmara que no.) Quizá los dioses no me negarían el hallazgo de una imagen equivalente, pero este informe quedaría contaminando de literatura, de falsedad. ¿Qué son las metáforas? Metáforas. Por lo demás, el problema central es irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. Y a la vez, no es irresoluble: esa enumeración sería precisamente la enumeración parcial de un conjunto infinito. El problema es querer que esa enumeración sea otra cosa. Por otra parte, ¿qué decir de la posibilidad del narcótico? ¿Debería acaso, para esta descripción, caer en el onirismo? Porque en ese instante gigantesco, tumbado en el sótano, he visto millones de actos deleitables y/o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto de escalera, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré: no quiero ser acusado de egoísta. Y aunque lo más sincero e inteligente sería optar por el silencio, accedo porque, aun así, sigue siendo mejor escribir.

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera, y entonces pensé: «Esto es simplemente una esfera tornasolada, aunque de casi intolerable fulgor, como una bola de espejos fundida en plomo». Luego me distraje, un poco decepcionado, hasta que un fulgor mayor, violáceo, como un estallido detenido en el tiempo, me hizo volver a la esfera. Atrapado por la luz como un insecto, comencé a mirarla con fijeza hasta que ésta empezó a moverse sin salir de su lugar. Al principio la creí giratoria; luego pensé que el que giraba era yo; finalmente comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, quizá cuatro o hasta cinco, no más, pero el infinito espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Así, cada cosa (la luna del espejo, digamos, por ejemplo) eran infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo, y como los puntos de vista son infinitos, cada objeto de los infinitos objetos del universo era en sí mismo infinito. A la vez, cada objeto está conformado por infinitos puntos... Y cada uno de los puntos es infinito en sí mismo... Eso, insisto, no se puede describir. Pero como toda descripción recorta sobre lo infinito un capricho, la lista siguiente es lo que la literatura me permite en este momento, por lo demás histórico. Así que vi el populoso mar con sus barcos hundidos, vi el alba y la tarde en Budapest, vi un serrucho, vi las muchedumbres indígenas de América sometidas a la explotación y el hambre, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide que no pude identificar, vi un laberinto roto a martillazos (supe que era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo deformante y multiplicador, vi en un pozo los restos de la corbata favorita de Beatriz rodeados de miles de bolsas de basura negras, vi en un traspatio de la calle Soler casi esquina Coronel Díaz las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi mosquitos portadores de enfermedades cruzando el océano en el fondo de un barco, vi racimos de uva todavía verdes, nieve manchada con petróleo, tabaco, ron, vetas de metal y aluminio, vapor de agua concentrándose en la tapa de una olla cerrada, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi la siguiente página del tratado *De Humana Physiognomia* de Giovanni Battista della Porta, vi el gasómetro al norte de Veracruz que Daneri describía en sus poemas y comprobé que la descripción era inexacta, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré porque era increíblemente hermosa y exactamente coincidente con mi imagen interna de la felicidad, vi la violenta cabellera de una mujer duchándose, el altivo cuerpo de un hombre cazando patos, vi un cáncer en el pecho de un joven de no más de veinticinco años, vi un círculo de tierra seca en una vereda donde antes hubo un árbol, vi una quinta venida debajo de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, comida por los insectos –¡temible anobium!– y el tiempo, vi a una pareja gritándose horriblemente, vi un manuscrito desconocido de Petrarca oculto en una caja enterrada debajo de un edificio de departamentos, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche; luego me asombré de que a veces lo hicieran), vi extraterrestres, vi normalmente la noche y el día contemporáneo, vi muchas mujeres y muchos hombres desnudos, vi un poniente, microbios saltando en un Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala pero que resultó ser también una sombrilla, vi mi dormitorio afortunadamente

sin nadie, vi el nacimiento de cinco perros salchicha, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi en un bosque a una *jeune fille sauvage* y junto a ella cuatro ardillas, vi caballos de crin arremolinada por la suciedad en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano y no me gustó, vi a un hombre comprando un alfajor, vi a los sobrevivientes de una batalla gimiendo, enviando tarjetas postales, mendigando, tomando vino, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española mojada, vi los infinitos microbios de que estamos compuestos y vi microbios saltando de un cuerpo a otro, vi un crimen, vi supuestos tatuajes de prostitutas en una lámina de un libro de Lombroso editado en París en 1986, *La femme criminelle et la prostituée*, vi las sombras oblicuas de unos helechos amarrados en el suelo de un invernáculo, vi en una línea de montaje a un obrero dejando pasar una cuchara deforme, vi tigres blancos, émbolos, bisontes, marejadas, lápices y ejércitos de langostas, vi un sapo aplastado por un jeep, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi inmediatamente después miles de ejemplares distintos de escarabajos y recordé a J.B.S. Haldane, vi en un museo un astrolabio persa robado en una guerra, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi luego cartas de Beatriz, aun más obscenas, dirigidas al doctor Zunni, vi bananas, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo y me sorprendí al notar que llevaba puesta una pulsera de plata que yo le había regalado, vi un levantamiento popular en Oriente, vi la circulación de mi oscura sangre y eso me gustó, vi a Carlos Argentino alegre, hablando por teléfono, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi «El Aleph» desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto conjetural, cuyo nombre usurpan algunos de los hombres, pero que ningún hombre de todos esos ha mirado con la paz que desearía: el inconcebible universo. Y yo lo había visto, pero también Daneri... Y en ese sentido, ¿qué podía tener eso de especial? ¿Ver qué? ¿Qué había visto realmente?

Sentí infinita veneración, también infinita lástima; luego, una sensación extraña en la cabeza.

—Tarumba habrás quedado de tanto curiosear donde no te llaman— dijo una voz aborrecida y jovial, ceceante, apenas engordada—. Aunque te devanes los sesos, no me pagarás en un siglo esta revelación. ¡Qué observatorio formidable, che Borges!

Los zapatos color guinda de Carlos Argentino ocupaban el escalón más alto. En la brusca penumbra, acerté a levantarme y a balbucear, un poco mareado: — Sí, sí. Formidable. Sí, realmente formidable.

La indiferencia de mi voz me extrañó. Ansioso, Carlos Argentino insistía:

—¿Lo viste todo bien, en colores? ¿Viste mujeres, palacios, caminos, cucharas? En ese instante, oyendo las preguntas, recobré la lucidez y concebí mi venganza, una venganza tal vez mediocre y mezquina. Benévolo, manifiestamente apiadado, nervioso, evasivo, agradecí a Carlos Argentino Daneri la hospitalidad de su sótano, critiqué con una ironía amable la suciedad y lo insté a aprovechar la demolición de la casa para alejarse de la perniciosa metrópoli, que a nadie ¡créame, que a nadie! perdona. Me negué, con suave

energía, a discutir el Aleph; me negué, también, a discutir su reciente charla telefónica con Zunni; lo abracé, al despedirme, y le repetí que el campo y la serenidad son dos grandes médicos. Eso lo hizo reaccionar; repentinamente muy hinchado, Daneri gritó:

—¡Pero yo no estoy enfermo!

Volví a sonreír con benevolencia. Le dije que no, que por supuesto que no, pero que de todos modos convenía curarse, ya que no podía saberse qué enfermedades estaban en nuestros cuerpos escondidas, al acecho, esperando un momento de debilidad.

—¡No estoy enfermo!— volvió a decir con una pronunciación no del todo comprensible y los ojos ya un poco cubiertos por los párpados; yo le sonreí y le hice un gesto a la sirvienta para que me escoltara hasta la puerta. Desde el marco agité la mano para despedirme; por algún motivo, la sirvienta me sonrió con gesto cómplice.

En la calle, en las escaleras de Constitución, en el subterráneo, me parecieron familiares todas las caras; a la vez, me parecieron todas iguales, o al menos clasificables en tres o cuatro tipos generales. Varias veces creí ver a la mujer de Inverness y me apené por su imposibilidad. Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme o interesarme, temí que no me abandonará jamás la impresión nauseosa de volver, girar y repetir. Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio, me trabajó otra vez el olvido, aunque no del todo.

Posdata del 1º de marzo de 1943

A los seis meses de la demolición del inmueble de la calle Garay, la Editorial Procusto no se dejó arrendar por la longitud del considerable poema y lanzó al mercado una selección de «trozos argentinos». Huelga repetir lo ocurrido; Carlos Argentino Daneri recibió el Segundo Premio Nacional de Literatura.² El primero fue otorgado al doctor Aita; el tercero, al doctor Mario Bonfanti; increíblemente, mi obra *Los naipes del tahir* no logró un solo voto. ¡Una vez más, triunfaron la incompreensión y la envidia! Hace ya mucho tiempo que no consigo ver a Daneri; los diarios dicen que pronto nos dará otro volumen. Su afortunada pluma (no entorpecida ya por el Aleph) se ha consagrado a versificar los epítomes del doctor Acevedo Díaz.

Dos observaciones quiero agregar: una, sobre la naturaleza del Aleph; otra, sobre su nombre. Éste, como es sabido, es el de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Su aplicación al disco de mi historia no me parece casual. Para la Cábala, esa letra significa el En Soph, la ilimitada y pura divinidad; también se dijo que tiene forma de un hombre que señala el cielo y la tierra, para indicar que el mundo inferior es el espejo y es el mapa del superior; para la *Mengenlehre*, es el símbolo de los números transfinitos, en los que el todo no es mayor que alguna de las partes. Yo querría saber: ¿Elegió Carlos Argentino ese nombre, o lo leyó, *aplicando a otro punto donde convergen todos los puntos*, en alguno de los textos innumerables que el Aleph de su casa le reveló?

² «Recibí tu apenada congratulación», me escribió, «Bufas, mi lamentable amigo, de envidia, pero confesarás — ¡aunque te ahogue! — que esta vez pude coronar mi bonete con la más roja de las plumas; mi turbante, con el más califa de los rubíes. »

Por increíble que parezca, yo creo que hay (o que hubo) otro Aleph, yo creo que el Aleph de la calle Garay era un falso Aleph.

Doy mis razones. Hacia 1867 el capitán Burton ejerció en el Brasil el cargo de cónsul británico; en julio de 1942 Pedro Henríquez Ureña descubrió en una biblioteca de Santos un manuscrito suyo que versaba sobre el espejo que atribuye el Oriente a Iskandar Zu al-Karnayn, o Alejandro Bicornes de Macedonia. En su cristal se reflejaba el universo entero. Burton menciona otros artificios congéneres — la séptuple copa de Kai Josrú, el espejo que Tárik Benzeyad encontró en una torre (*las mil y una noches*, 272), el espejo que Luciano de Samosata pudo examinar en la luna (*Historia Verdadera*, I, 26), la lanza especular que el primer libro del *Satyricon* de Capella atribuye a Júpiter, el espejo universal de Merlín, «redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio» (*The Faerie Queene*, III, 2, 19)— y añade estas curiosas palabras: «Pero los anteriores (además del defecto de no existir) son meros instrumentos de óptica. Los fieles que concurren a la mezquita de Amr, en el Cairo, saben muy bien que el universo está en el interior de una de las columnas de piedra que rodean el patio central... Nadie, claro está, puede verlo, pero quienes acercan el oído a la superficie, declaran percibir, al poco tiempo, su atareado rumor... La mezquita data del siglo VII; las columnas proceden de otros templos de religiones anteislámicas, pues como ha escrito Abenjaldún: *En las repúblicas fundadas por nómadas, es indispensable el concurso de forasteros para todo lo que sea albañilería*».

¿Existe ese Aleph en lo íntimo de una piedra? ¿Lo he visto cuando vi todas las cosas y lo he olvidado? Nuestra mente es porosa para el olvido; yo mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de Beatriz.

A Estela Canto.

Posdata del 1º de noviembre de 2008.

La posdata del 1º de marzo de 1943 no figura en el manuscrito original de «El Aleph»; posterior a la escritura del cuento, es el primer agregado y la primera lectura de Borges. Esa posdata es la única parte que quedó intacta en este engordamiento. El resto, de aproximadamente 4000 palabras llegó a tener más de 9600. El trabajo de engordamiento tuvo una sola regla: no quitar ni alterar nada del texto original, ni palabras, ni comas, ni puntos, ni el orden. Eso significa que el texto de Borges está intacto pero totalmente cruzado por el mío, de modo que, si alguien quisiera, podría volver al texto de Borges desde éste. Con respecto a mi escritura, si bien no intenté ocultarme en el estilo de Borges tampoco escribí con la idea de hacerme demasiado visible: los mejores momentos, me parece, son esos en los que no se puede saber con certeza qué es de quién.

*A Jacqui Behrend.*__

Saludos de JP